

ACULTURACION DEL ARTE POPULAR COLOMBIANO

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Bien conocida es la ubicación istmica de Colombia, puente de importantes intercambios de las culturas prehispánicas. Sus reliquias arqueológicas —San Agustín— son interrogantes que las ligan a parentescos incaicos y mayas. Esto no desvalida el que haya sido asiento de pueblos cuyas civilizaciones autóctonas rivalizaron en florecimiento con sus primos. Cronistas de la Conquista y antropólogos contemporáneos están de acuerdo en valorar la cultura chibcha entre las tres primeras de América. Este mestizaje se acentuó con la confluencia de lo hispano y africano. Aquí se cruzaron los caminos de la Conquista y desembarcaron millones de esclavos procedentes de Africa.

Aun cuando hay testimonios de una escultura altamente desarrollada, es cierto que las artes populares prehispánicas de Colombia descolaron mucho más en la orfebrería, la cerámica y los tejidos. Las pocas muestras de oro de los Quimbayas, Calimas y Zenúes que escaparon a las casas de fundición de la Colonia, revelan un arte depurado y una organización social que permitió a tan incomparables orfebres dedicarse a sus tareas ar-

tísticas. Las cerámicas antro-zoomorfias —dinámica funcional y recreación estética— sorprenden y recogen. En cuanto a los tejidos de lana y algodón, su habilidad fue tanta, que desde los primeros días del Descubrimiento suplieron las necesidades de ropa y aperos de los Conquistadores y posteriormente el lujo de marqueses y virreyes.

El barniz de Pasto

Pasto, ciudad de herencias indígenas y españolas, acunó la industria artesanal en el labrado de maderas. Retablos, pesebres, imaginería, altares y otras formas de talla acogieron la tradición escultórica del indio. De este maridaje surgió el "barniz de Pasto". En él se utiliza la resina del árbol de cera o "mopa", que solo se da en las selvas del Putumayo y conocida desde el pasado por los indígenas. A la sustancia resinosa se agregan los tintes. Sometida a un proceso de maceración permite modelarse en cintas delgadas que sirven para trazar dibujos decorativos sobre la madera previamente pintada al duco o con cualquier otro procedimiento moderno. La riqueza del dibujo y la variedad de su

aplicación abre cada día mayores posibilidades a la inventiva popular.

Los tejidos indígenas y su moderna aplicación

Tanto el indígena del altiplano andino como el morador de los valles y litorales, desarrolló ampliamente la industria de los tejidos de lana y gran variedad de fibras vegetales entre las que se destacan el fique, la iraca, la napa y otras.

Aunque actualmente hay pequeñas comunidades indígenas que conservan sus métodos tradicionales, la mayoría de la población mestiza los ha enriquecido con los telares, diseños y fibras tomadas del español. Algunas regiones se han especializado en la confección de uno u otro objeto que abastece el mercado nacional y extranjero. Los Tolúes y Urabáes que formaron parte de la cultura caribe, dieron fundamento a una industria de tejidos que se encuentra en pleno auge en los pueblos de San Jacinto y Morroa (Sabanas de Bolívar). Hoy se emplean tintes modernos y algodón elaborado industrialmente. La primitiva confección de hamacas y mochilas se ha generalizado a la de cobertores para cojines de automóviles, sillas de bicicletas, sobrecamas y otras aplicaciones.

En las antiguas sedes de los Chibchas, sus descendientes perpetúan la tradición de tejidos de lana con la confección de ruanas, bayetones, mantas y otros objetos. En Boyacá, Nariño, Sierra Nevada y otros sitios, persisten en el dibujo, la forma o en el color, los ancestros indígenas e hispanos que intercambiaron sus aportes culturales.

Colombia ofrece una riquísima y variada industria de sombreros con más de cien estilos diferentes. El sombrero de hojas de los indios del Putumayo; el confeccionado por los indios Tucines, descendientes de los Caribes; el finísimo de Sandoná elaborado con la paja "toquilla" y otros muchos con la forma europea, pero manufacturados con fibras, tejidos y tintes autóctonos.

Cuero repujado y carrieles

La utilización del cuero en diferentes artesanías constituye una de las más generalizadas industrias populares. Hay en ella un constante antecedente español en lo que hace relación al cuero de res. Albarcas, rejos de enlazar, sillas de montar, calzados, muebles, etc. Cabe destacar el repujado de Pasto. Desde la Colonia este arte adquirió gran perfección, ya que permitió aprovechar la habilidad en la talla de los aborígenes. Baules, cofres, sillas y camas en las que el cuero repujado exalta y ennoblece.

Esta artesanía, generalizada en el país, aprovecha toda clase de pieles para la confección de variados objetos. El carriel antioqueño, adaptación criolla de las alforjas, contiene más de cuarenta bolsillos. En otras épocas en que el arriero y el campesino se internaban en las montañas, estas faltriqueras debían guardar los elementos indispensables para la conquista. Tabaco, hilo, aguja, dado, tijeras, navaja, naípe, cera, fósforo, ungüento, sal, panela y tantos otros objetos indispensables para una vida austera y aislada en la selva. El carriel, ayer compañero inseparable del campesino, es hoy hermosa joya en el atuendo de nuestra mujer.

La cerámica de Raquira y la Chamba

Las características de cada una de ellas varía por la calidad de las arcillas y los procedimientos de cocción empleados. Generalmente obedecen a una tradición aborígen que ha persistido en los actuales descendientes. Algunas hay, sin embargo, donde aparecen elementos extraños que se han sumado ya a las formas populares. Cabe destacar las cerámicas de la Chamba y Ráquira que se han hecho famosas por fidelidad al pasado.

En Ráquira, Boyacá, la tradición se remonta a tiempos prehispanicos, ya que en estos lugares florecieron las culturas de los indios chibchas, muzos y panches que se distinguieron por su alfarería. A la industria primitiva se sumó el vidriado español que es uno de sus distintivos. Su temática tiene un carácter popular: caballitos, nacimientos, mercaderes, músicos, etc. Su aplicación a utensilios de cocina, mesa y sala es otra orientación muy acentuada.

La cerámica de la Chamba, Tolima, tiene sus antecesores en los Chamíes, Quimbayas y Pijaos, industriales ceramistas y orfebres. El barro es rojo y negro, siendo muy estimado este último. Se conservan los procedimientos indígenas de pulimentar y brillar la arcilla antes de su cocción con piedras especiales.

Los recursos naturales y el arte popular

La inventiva popular busca en el medio ambiente los elementos necesarios para la creación industrial. Unas veces llega por tradición, como ya lo hemos visto y otras por la utilización de los nuevos productos que ofrece la técnica moderna. Prevalece siempre la adaptación de lo primitivo a lo nuevo.

Ejemplo peculiar de esta sincretización es el labrado del tallo del árbol de pauche (*Montanoa quadrangularis*), del que se tallan diversas figuras: pájaros, flores, frutas, etc., que luego se pintan con tintes sintéticos modernos. Otro tanto sucede con el labrado de la tagua pulida con tornos y teñida de colorantes químicos.

Muchos otros productos, hasta ayer apenas reservados para usos medicinales, toman nuevas aplicaciones. Collares, aretes, muñecos, etc., hechos con semillas de marañón, corozos, almendras y fibras. El mimbre y la iraca para confeccionar bolsos, cofres y cinturones. El aprovechamiento del fique en multitud de prendas de vestir: zapatillas, faldas, sombreros, carteras y sombrillas. El caucho con anilinas para modelar figuras decorativas de sala. Podríamos enumerar otros tantos objetos de arte popular realizados con ingeniosa aplicación de los materiales ambientales.